

ESTUDIOS Y NOTAS

DESDE CASA Y EN LA CALLE

EL avión se zafa de su ambiente inconfortable: de la nube que está siempre —o casi siempre— pegada a las alturas de Canarias. Sus motores suenan más que de costumbre. Son motores que pasaron de los tiempos de enfermedades prematuras. El motorista y el piloto se los saben de memoria. Conocen sus dolencias, y los cuidan: el primero, en tierra firme, y el segundo, en pleno vuelo. Velan por su vida, y por la de ellos, y por la fama de su «línea». Y, por eso, el Douglas tarda un poco en alcanzar la cota necesaria para salir a flote y sentirse más seguro.

Cuando surge, el zumbo disminuye. El pasajero nota el cambio; deja el libro, alza la vista, y se ve rodando sobre una superficie hecha de borra; una borra sucia y mal lavada: enrasada en lo más alto, pero poco apisonada; una borra que tiene manchas casi negras y fallos imponentes. Es una alfombra digna de Picasso. Sobre ella sería lógico sentirse en un convoy descarrilado; y, sin embargo, no hay arrugas, ni un solo bache. El viento, que arreciaba en Gando, se ha parado, y el aparato ya no rueda: patina suavemente.

Un agujero entre las nubes deja ver una mancha oscura, y, sobre ella, un barco diminuto que se aleja o se aproxima al Puerto de La Luz. No interesa. Nadie lo mira. Estará cargado de plátanos, o de hombres y mujeres que se alejan o se acercan a sus ricas plataneras. Lo demás no importa, y vuelvo a mi lectura: una revista americana que habla de la incierta paz del mundo, y de las tropas que se baten en Corea, y de los últimos aviones preparados para la guerra; y éstos me preocupan: me atraen intensamente. Son aviones elegantes, de ala pequeña y sin hélice. Rasgan el aire como flechas, mientras que nosotros caminamos lentamente. Los cromos dan idea de su tamaño y de su velocidad fantástica, y de cómo su-

ben hacia los cielos sin preocuparse de sus magníficos motores. Entre ellos, el «Consolidated B. 36» figura en plana doble. Unos renglones informativos que hay abajo recuerdan —o dan a conocer— sus principales datos. Puede llevar unas cinco toneladas a ocho mil kilómetros del punto de salida, y regresar después indemne. ¿Indemne? El número siguiente de la revista habla de los North America, los Lockheed, los Douglas Skynight, los Grumman F. 5..., destinados a interceptar los aparatos rusos que sean capaces de cruzar el Artico y de internarse en Canadá y en los Estados Unidos. Y el tercero trata de las mayores velocidades obtenidas con los B.-45 y los B.-50 Boeing, que, a base de ellas, escurrirán el bulto: podrán librarse de los interceptores que el enemigo tenga o llegue a producir en poco tiempo. Remiro, y comparo torpemente: echo un vistazo a las diferentes fechas, y —¡Dios me valga!— la revista es quincenal. La leo, y tardo en convencerme. Escucho a mi D-4, y me acuerdo de cuánto ha trabajado para subir un poco y llegar a navegar sobre su alfombra semiblanca, hecha de cúmulos que están como de acuerdo para hacernos olvidar la superficie de la tierra.

* * *

Así pensando, oigo de pronto voces.

«¡Teide!, ¡Teide!», gritan a coro varios pasajeros, que, sin duda, ven la montaña colosal por vez primera en su existencia. Vuelvo la vista hacia donde miran los turistas suizos que me acompañan, y en la dirección en que me empujan sin querer, en su entusiasmo; y, en efecto, veo también un Teide que yo no conocía: un cono oscuro, casi perfecto, que emana de las nubes y se eleva a tres mil metros sobre la superficie algodónada que pisamos: una masa opaca proyectada sobre un cielo claro e inmaculado.

¡El Teide! Lo he contemplado envuelto en su eterna bruma desde la pista que sigue la divisoria de Tenerife, sin verlo un solo día completamente despejado. He admirado su cumbre, sobresaliendo de esa bruma, desde el lugar más alto de Gran Canaria y desde la ventana del albergue recién construido en el borde oriental de la isla de La Palma. Me he parado varias veces, mientras jugaba en el precioso «golf» de Tacoronte, para estudiar su forma y compararla con la de un viejo conocido: el Fudchi-yama. Pero

nunca, estando cerca, lo he divisado tan claro como ahora, que empiezo a estar muy lejos de él: está iluminado de frente y está negro; parece a nuestra altura y nos rebasa; su cima es angular, y, sin embargo, tiene cráter; y, con todo, esta vez, que ya lo veo tan claramente, no sé si es como todos lo describen o como quiere presentarse a nuestra vista, por encima de las nubes que lo ocultan casi siempre a los canarios, y a través de un aire límpido y exento de vapores y de miasmas.

Tanto varía el Teide, que nadie lo conoce. Sin brújula o una buena referencia astronómica, diríase que hay varios Teides, que unas veces surgen y otras se ocultan; y este fenómeno se extiende —en otro aspecto— a los demás volcanes de Canarias. Bien entrado el siglo XVII, muchos creían en la existencia de una isla que nadie había logrado pisar. Sus mayores alturas se divisaban desde La Gomera, o desde El Hierro. Fué bautizada prontamente. Se llamó San Borondón. Su forma era perfectamente conocida; y, sin embargo, no existía. La silueta de su doble cumbre y el bosque de su garganta están croquizados en varios libros; y en esos mismos libros está la historia de las navegaciones realizadas para llegar a conocer esa misteriosa tierra, que surgía de vez en cuando y se esfumaba luego, sin dar al hombre tiempo de fijarla, ni menos aún dejarlo percatarse de que sólo se trataba de una cima conocida y defasada por la bruma tan variable que envuelve a las montañas de Canarias.

Los isleños no gustan extraordinariamente de recordar la historia de su quimera. Yo me atrevo a hacerlo por haberla conocido gracias a un canario famosísimo: Viera y Clavijo; literato ilustre e historiador incomparable; un personaje que logró escribir la historia del período sin historia de Canarias, y que supo interesar a todo el mundo en lo poco que se dijo del Archipiélago entre los siglos VIII y XV de la era en que vivimos. En efecto, Viera y Clavijo dedicó un capítulo importante de su notable trabajo histórico a la isla misteriosa de que trato, y pinta una lámina que la describe semejante a como ya la describieran los que un siglo más atrás la descubrieron, equivocadamente. Lo he leído —ese capítulo curioso—, estando en Santa Cruz de Tenerife; y he pensado en él frecuentemente, contemplando el Teide desde Galdar, o La Gomera desde Guía, o el Hierro desde Fuencaliente de la Palma, y teniendo cada vez que preguntarme qué Afortunada Isla era la que estaba frente a mí. Y ahora vuelvo a recordarlo viendo la

montaña que dió su antiguo nombre a Tenerife, desde un observatorio que parece estarse quieto en el espacio.

* * *

Recuerdo a Viera, y renuncio a la portilla. Torno a las cubiertas de los varios *magazines* que me acompañan por el aire. Ya conozco las siluetas de los aviones americanos que se batan en Corea y se batirán —¡aymé!— en la guerra grande. Las tengo todas en la mano, y el Teide se me aleja. Me interesan más que la montaña que me vigila siempre. Me interesan por costumbre, como el radar y los soles que relucen en la noche si la bruma deja libre la trayectoria de sus dardos luminosos.

Son comparanzas inadecuadas. Corea no me atrae por recordarla. Tampoco los aviones me interesan por sí mismos; y sabe Dios que no me importaría sentirme llevado supersónicamente por una espléndida pareja de estatorreactores, «a punto» y recién hechos.

* * *

En Corea se moverán así los que se internen por encima de las líneas enemigas, y cuanto más aprisa vuelen mayores esperanzas concebirán de realizar su cometido en poco tiempo y sin que las fuerzas comunistas los derriben.

¿Su cometido? Destrozar lo más posible. Destrozando se detiene el enemigo, o al menos se le hace caminar más lentamente. En los primeros días de la guerra hubo columna de camiones que subió y bajó en sentido meridiano hasta cuatro o cinco veces consecutivas, sin saber por qué bajaba ni por qué razón subía. Las noticias circuladas por los oficiales que se habían incorporado al frente, convencidos de que todo iba a ser extraordinariamente célebre, eran desconcertantes. Se quejaban, todos ellos, de la imponente lentitud. No sabían que un solo puente roto era suficiente para neutralizar una columna. Ni siquiera se daban cuenta de que el puente estaba inútil; no tenían periódicos ni partes para estar al tanto de lo que pasaba zona arriba. Sabían menos que nosotros, capaces de leer las crónicas de guerra lanzadas por los Alsop hacia los cuatro vientos, y menos, por supuesto, que los rusos, que espera-

ban impacientes el resultado de la contienda, siquiera dándose a sí mismos la sensación de estar al otro lado de la barrera.

Así pienso mientras camino por encima de las nubes. A ello me induce la extraña correspondencia de un oficial británico que huyó de Gibraltar hacia ese frente sin saber que cada guerra es diferente a las demás, ni conocer el frío de las zonas no bañadas por corrientes que se mueven de Sur a Norte. Me acuerdo de su desesperación profunda, basada en que la lucha iba despacio, y esto —según él— porque los aliados no sabían conducirla y los camiones se movían torpemente: más despacio que los hombres de la primera guerra, que acudieron solamente a los motores cuando sus músculos se rindieron y sus zapatos se acabaron.

Recuerdo, en efecto, su amargura. Tenía frío, y el sufrimiento originado por el frío era más terrible que el producido por la guerra. Estaba dispuesto a combatir para establecer un dique destinado a contener la ideología rusa; pero no se creía capaz de soportar otro invierno a veinte grados bajo cero. El frío era espantoso. Sus cartas, que habían pasado por Singapur y por Egipto, llegaban congeladas, y eran difíciles de leer. Decían poco, porque el frío dominaba sobre la vida de su autor. Las manos le dolían, y así era imposible escribir a nadie. Era imposible, al menos, hablar de nada que no fuera el espantoso clima y el sufrimiento moral y material debido al frío. Y como él no hablaba de cómo era Seul, ni Pion-Yang, rebusqué en un viejo diario de hace casi medio siglo, y cuál fué mi sorpresa al ver que entonces, bien instalado y sin guerra alguna, hablaba solamente del frío decembrino de la zona en que se baten ahora las vanguardias comunistas y demócratas.

Sin duda, mi amigo caminaba lentamente por las heladas pistas de Corea. Pero los aviones ultramodernos, con turbohélice o motor a chorro, desarrollaban —entre tanto— velocidades supersónicas. Se movían tan deprisa que ya no se acordaban de otro mundo que no fuera aquél en que volaban.

Desde mi D.-4 veo los barcos que van y vienen. Hace unos años, el aviador se preocupaba de seguir personalmente la marcha de los hombres destinados a batirse en la superficie de la tierra. Pero hoy los sentidos del piloto están desconectados, y los que le acompañan sólo viven para el aire.

* * *

Para entretener —o animar— al pasajero, la azafata pasa con el boletín del viaje. Estamos a la altura de Casablanca; volamos a mil seiscientos metros, y llevamos una velocidad de trescientos kilómetros por hora.

Me asomo por instinto a la portilla, y veo que nadie pasa..., nada pasa. Y aunque pasara; pasarían los aparatos enemigos como verdaderas exhalaciones: el último Lavochkin (La.-17) puede hacer una velocidad de 625 millas. Es el «caza» destinado a batir al último B.-36 de Norteamérica, cuyo rival futuro parece estar a punto. En efecto, el nuevo Tupolev (Tu.-75) —«nuevo» en el instante en que pergeño estas cuartillas—, alcanza, con sus seis potentes turbohélices, una velocidad equivalente a la del B.-50. Y partiendo de esta base, medito sobre el choque entre los grandes adversarios.

Si estuviésemos parados en el aire, los La.-17, los Mig.-15 (rusos igualmente), los F.-86 y los P.-4 (de las fuerzas aéreas y de la marina norteamericana, respectivamente) pasarían sobre nosotros o a nuestro lado a unos mil kilómetros por hora, y todo el mundo sabe lo que esto significa: oír el bólide cuando el bólide pasó. Los que no asistieron en Barajas a la reciente presentación de los aparatos americanos, saben —siquiera— lo que es una inclinación de cabeza producida por una bala, que sólo es peligrosa cuando no ha silbado aún. La bala enemiga es supersónica durante el primer segundo de su trayectoria; después deja de serlo. El «caza», en cambio, conserva en auge la supersonicidad durante todo el vuelo que lleva a cabo en busca de su enemigo.

Pero no estamos quietos en el aire. Volamos a trescientos por hora. Por lo tanto, si un Lavochkin nos rebasara, lo sentiríamos pasar a la velocidad de aquella bala que nos hizo saludar ligeramente, o a la de un proyectil de «quince y medio» que nos indujera a agazaparnos como una rana cuando ya su amenaza no existiera. Volando en igual dirección y sentido que nosotros, nos rebasaría a setecientos kilómetros por hora; y volando en sentido inverso, nos cruzaría a mil quinientos. Oiríamos el estallido de su paso confundido con el ruido originado por su llegada. Luego —y casi simultáneamente— oiríamos su aproximación y su alejamiento superpuestos y como un rumor originado por la explosión primera.

Más aún. ¿Por qué aferrarnos a nuestro miserable Douglas? Supongámonos volando en otro F.-86 o en otro Mig; y meditemos

algo sobre lo que sería una evolución aérea en la que estos dos aviones se dispusieran a luchar hasta vencer o hasta morir.

* * *

De cómo luchan entre sí los cazas sabemos hoy muy poco, y aun tengo la sensación de que tampoco saben mucho los que pueden verse envueltos en semejante lucha.

En la primera guerra mundial, los combates entre cazas estuvieron espaciados. Los Guymer, los Baracca y los diferentes ases de las fuerzas aéreas que a la sazón intervenían ganaron sus laureles derribando aviones de reconocimiento (menos veloces que ellos) y luchando contra los infelices bombarderos (cuya única defensa consistía en zafarse a tiempo de la amenaza); pero el combate entre dos cazas era esporádico y no frecuente; sólo se producía en casos excepcionales: sobre el frente, cuando ambos aparatos se tropezaban sin querer y... sin remedio.

En la segunda guerra, pasó lo mismo. Pero la razón de que no hubiera combates entre cazas enemigos fué distinta. El caza anduvo siempre acompañado. Se hallaba casi siempre agregado a masas importantes, y emprendía su vuelo cuando la amenaza era seria y el enemigo se hallaba próximo. No llevaba gasolina para más. Necesitaba utilizar su gran velocidad, y para ello consumía su carga en poco tiempo. En el aire se limitaba a procurar que las unidades bombarderas no llegaran a su meta, o, de llegar, que efectuaran la descarga en deficientes condiciones. No combatía con los cazas adversarios, porque éstos se habían quedado a retaguardia en acecho y esperando que la acción del enemigo se produjera en su propio territorio.

Ahora, en estos prolegómenos de una tercera guerra, el bombardeo estratégico ha empezado en forma aislada, y el combate aéreo ha tornado un poco a lo que fué en Europa entre los años 1915 y 1918. Se trata, en estos meses, de una acción directamente relacionada con el ataque de las divisiones enemigas y destinada a interrumpir su avance en lo posible; es una acción que tiene por objeto desbaratar los núcleos de bombarderos medios que intenten, a su vez, llevar a cabo las destrucciones necesarias para lograr —en forma indirecta— la contención del propio bando. Y, en estas condiciones, el combate entre dos cazas sigue siendo no corrien-

te. En 1915-18 la acrobacia se efectuaba en poco espacio; pero en 1950-52, la mayor velocidad de los aparatos de reacción, y las dificultades inherentes a los virajes, entorpecen mucho las acciones y reacciones necesarias para la lucha; entorpecen, sobre todo, el vuelo muy ceñido, que era el fundamento de las acciones épicas realizadas durante la primera guerra.

Si admitimos que para los combates de ese tiempo hacía falta, como mínimo, un espacio equivalente a un kilómetro cúbico, ahora sería preciso disponer, cuando menos, de un paralelepípedo rectangular de unos diez kilómetros de lado, o sea de un volumen mil veces superior a aquél. Para imaginarse un poco la acción actual —una posible acción actual, quiero decir—, conviene recordar la lucha cumbre habida entre dos pilotos de gran renombre: Ball (británico) y Richthofen *dos* (germano). La acción fué corta, y fué grandiosa. Los *loopings*, los virajes, los *tonneaux* de toda especie se siguieron velozmente. Apenas uno terminado, el otro comenzaba. Todo era fuerza y extraordinaria habilidad. Todo era movido y breve. Todo era violento y formidable. Pero, ahora habría que imaginarse este combate no sólo en más espacio (según lo dicho anteriormente) sino desplazado por una fuerza ignota, capaz de trasladar la acción allende el frente, y aun allende el teatro de la guerra. Y, en estas condiciones, todo cambia: todo queda reducido a una mayor potencia y a la posibilidad de aprovechar una simple fracción de segundo para hundir al adversario en el abismo.

Algo más sobre este asunto exigiría un observatorio peligroso. Desde casa se divisa torpemente lo que ocurre en plena calle. La Bruyère decía que ciertos personajes vistos de cerca son poco interesantes, mientras que de lejos llegan a impresionar extraordinariamente (1). Pero en los hechos cotidianos y en los fenómenos mundiales, la relación es diferente: contraria a la anterior. Y un ejemplo basta para convencerse de ello.

* * *

El niño que oye a sus padres destaca poco el fondo de la forma. No halla diferencias, porque éstas no le caben en la mente. La diferencia es aritmética, y la aritmética no existe para el niño. Su

(1) JEAN DE LA BRUYÈRE (1645-96): *Les caractères*.

entendimiento es simple; es una célula en que viven las ideas en estado embrionario, o en que las cifras se revuelven como bolas que se mezclan para una lotería. Esas cifras no se alinean, no forman números; por consiguiente, no sirven para nada. Los números vendrán cuando las células se afinen, y la matemática será una simple consecuencia de su desaparición: será un algo parecido a la penumbra que sigue a toda noche encapotada. El gallo cantará, y simultáneamente el niño habrá alcanzado el «uso de razón»; y, por supuesto, la razón dará lugar a un nuevo niño.

Estotro niño, escucha frases parecidas a lo que antes eran ruidos solamente. Cree que las entiende —o, mejor dicho, vislumbra cierto reflejo sin creer por eso en nada, ni pensar siquiera en lo escuchado—; y como el pajarillo que se estira y presiente la manera de volar, o como el hombre que se esfuerza y descubre lo que Wagner se propuso..., quiere más de lo que puede, se cansa y otra vez emprende su camino. Pero esta vez lo emprende más seguro: ya entiende alguna cosa; ya sabe lo que dicen sus maestros, y... quiere saber más.

Por supuesto, las primeras imágenes son irreales. Son más grandes o menores; son abstractas o incompletas. «Más grandes o menores» ante lo imaginario, con lo que nadie sabe cómo son en relación a lo real. «Abstractas», porque la célula no acaba de fundirse, e «incompletas» en lo que se refiere a la tercera dimensión únicamente, porque el niño no ha aprendido geometría, y su instinto no le dirá lo que aún no quiere explicarle su maestro. (No en vano el hombre hecho y derecho anda reacio para aceptar las relaciones entre el tiempo y el espacio, y explicarse las cuartas dimensiones de la historia y de los sistemas planetarios.)

Y el caso se repite incesantemente, y se extiende a zonas alejadas.

No es lo mismo subirse a un púlpito a predicar a unos seres que están dispuestos a decir «amén» a todo, que internarse en la maleza a convencer a los que oyeron de su madre unas ideas muy distintas. El esfuerzo necesario en cada caso es diferente. La más ligera variación de ambiente obliga a orientaciones angulares. Una cara inexpresiva en medio de una sala bien repleta, o un gesto desabrido entre los que están en pie por no caber en los sillones, son, a veces, suficientes para inducir al que perora a cambiar de tono o a reforzar un argumento que parecía agotado. No se habla de igual modo con amigos de la infancia que con seres conocidos en

la edad madura. Los juicios son distintos para niños y mayores. Las razones cambian, según se trate de hombres o mujeres. Las deducciones son diversas para extranjeros y compatriotas, y aún varían mucho más si el orador conoce a fondo la idiosincrasia del oyente, y sabe apreciar las reacciones de su carácter, y de su mente más o menos trabajada por la vida o el estudio.

En resumen : no se habla igual en casa que en la calle.

* * *

Sea la casa, España; y supóngase la calle al otro lado del Pirineo. Y observemos —en estas condiciones— lo que sucede en esa calle, o —simplemente— analicemos el concepto que el español se forma de las naciones que lo apartan de su vera.

Este español escucha y se harta pronto de reacciones que le parecen completamente estériles. Una a una comienzan las naciones de la calle a interesarle poco. Se olvida de rencillas o las considera en bloque. Gran Bretaña, Francia, el Benelux, etc., se le amasan en la O. N. U., y sobre el conjunto así llamado recaen sus comentarios.

Así como el Quijote de la Mancha, frente a un horizonte reducido, decía verdades como puños, que surgiendo de su alocada mente se extendían hacia el infinito, así los españoles de mediados del siglo XX nos forjamos —ante Europa— comentarios y principios que el menos sabio sabría pergeñar. Del famoso y discutido ambiente de aquella O. N. U. opinamos, en efecto, que los países que la forman, después de unirse para evitar la guerra, han logrado que se hable de ella sin cesar, y hemos descubierto que se trata solamente de «naciones desunidas» que han entablado una lucha ferocísima en defensa de su propia economía.

Y esta economía manda sobre la preparación de la defensa bélica.

Los proyectos de 1951 estaban basados en la movilización de cinco divisiones americanas, tres británicas, una canadiense, cuatro italianas, diez francesas, dos holandesas y tres belgas. Veintiocho grandes unidades en total para enfrentar a setenta y dos soviéticas de primera línea y a una mitad más perteneciente a las naciones satélites de Rusia. Menos de treinta para oponer a más de ciento. Una cuenta inadmisibile, pero los técnicos pretenden

que el armamento manda más que el hombre, y las fuerzas aéreas de Norteamérica se clasifican ellas mismas en coeficiente formidable, que multiplica lo existente por la cifra necesaria para ganar la guerra. Y con ello se conforman nuestros vecinos más o menos inmediatos, con el solo fin de soslayar la obligación de conseguir la soberanía de los sumandos que figuran al principio de este párrafo y evitar la subida de un presupuesto destinado a mejorar la situación actual de los que sufrirán la guerra, una guerra muy difícil de ganar.

Hay que aumentar. Mas no parece que las naciones de la Europa occidental se encuentren en la armonía necesaria para movilizar un millón de hombres y desplegarlos sobre el Elba. De otra parte, nadie sabe si este efectivo será bastante fuerte para contener una avalancha rusa.

Las cuentas no están claras. Y lo peor es que las hay tergiversadas.

Al tiempo que nuestras divisiones son agrupadas con letra pequeña e interrogantes por los principales directores de la futura guerra, las cuatrocientas chinas se hallan estampadas con letras colosales y exclamantes en los mapas que circulan por el mundo (la transigencia de los hombres que censuran las revistas e ilustraciones europeas y americanas puede acabar con lo que hay de objetivismo en las mentes de aquellos otros que se hallan obligados a remediar las faltas cometidas por sus propios semejantes).

Y en estas condiciones nadie logra definir la orientación buscada. El ejército europeo puede hallarse destinado a la defensa del solar occidental en que vivimos o tener el solo objeto de representar una fuerza moral independiente de la fuerza material en que se basa. Desde la cumbre del Aneto se otea mal la problemática zona de operaciones, y se divisan torpemente los detalles que nacieron de una labor costosa e inacabable. Se entiende un poco más a retaguardia; se entiende al menos que acercándose al lugar en que las tropas se acantonan no se aprende mucho más. Nadie es sincero. Los ministros de Asuntos Exteriores se pasean por el mundo repitiendo a cada cual lo que pretenden que se escuche al otro lado de la pared de su despacho. Los Gobiernos ya no mandan. No representan a los suyos, y seguirán igual hasta que llegue el día en que, una vez elegidos y establecidos por su pueblo, queden libres —o suavemente controlados— durante su mandato. La fuerza de la masa que no quiere escuchar razones positi-

vas es cada vez mayor, y esa masa está oculta en la penumbra y la penumbra causa cierto respeto a los que prefieren trabajar al sol. La «raíz de menos uno» es imaginaria. Está en la zona impenetrable, y es cosa bien sabida que las ondas de esa zona se confunden con todas las demás. Al lado de cada voz casera hay otra que llega de la estepa, y esta segunda es más potente y más seductora. Es subversiva, y esto agrada a aquella masa.

El quintacolumnismo es cosa vieja. Sólo es de ahora el nombre que lleva.

En Egipto la invasión efectuada por los hicsos, que arrasaron tumbas y hogares y aniquilaron el poder de una generación ilustre, fué señalada por la presencia de numerosos grupos asiáticos y al parecer pacíficos, que abusando de las tolerancias del régimen faraónico descubrieron tarde sus propósitos y cooperaron cruelmente a la devastación. En Atenas, aun en tiempos de pacifismo y florecimiento de las artes, hubo siempre agitadores, que abundaban en las zonas en que no se hablaba el griego. En Cartago los tranquilos emisarios del mundo romano lograron casi tanto como los soldados que vencieron en la llanura inmediata a Zama. Más tarde —y durante muchos siglos— el irredentismo de que tanto han abusado los dictadores y los grandes imperialistas ha constituido una catapulta espléndida para impulsar ejércitos. Los antiguos, pues, sabían perfectamente que el enemigo más peligroso y enconado es el que permanece en casa. Y este hecho, olvidado por generaciones posteriores, ha sido reaprendido por España antes que por la Europa signataria del Tratado de Nortatlántica.

* * *

La quinta columna es más peligrosa que la fuerza soviética. Aquélla es causa y ésta es consecuencia. Mas como Italia y Francia sobre todo no han llegado a convencerse de ello y sus Gobiernos temen los insultos y admiten que el más serio es el de ser llamado «fascista», ocurre que la fuerza peligrosa es respetada por todos los Estados cuya misión es ayudar a los demás a mantenerse a flote. Y de resultas las naciones concertadas para defenderse colectivamente no se atreven a tomar las medidas indispensables para evitar su propia muerte.

La amenaza es seria, y la agresión habida en la península co-

reana ha despertado al mundo. No es probable que Rusia inicie una ofensiva atómica. Forzosamente teme a la respuesta, que a pesar de la escasa vulnerabilidad de sus grandes bases y de su población, tan numerosa y esparcida, tendría un efecto de importancia suficiente para inducir a un descontento peligroso para el régimen soviético.

Seguramente Rusia será culpable de la guerra, pero Stalin previamente habrá tomado las medidas indispensables para que los súbditos de su colosal imperio queden convencidos de que él —y Rusia misma— se limitan a defender su ideología y sus hogares. Y en esta situación la amenaza aumenta.

Para afirmarse, las naciones europeas se quieren agrupar alrededor de un núcleo más compacto que ellas mismas. La técnica moderna coopera a esta maniobra cohesiva, pero la ubicación de América, al otro lado de un mar que antaño parecía insuperable, es un hecho que obliga a establecer reservas sobre el modo de efectuar la unión. A ambos lados de ese mar las ideas son diferentes. Cada cual desde su casa ve la calle a su manera.

* * *

La conexión se verifica entre espíritus cristianos. El solo miedo a la ideología soviética o a la simple consecuencia de un forzado e inmediato amoldamiento a ella origina aquel efecto.

La Organización de las Naciones Unidas es la base de la unión. No tiene sede ni capital. Es un alma viajera cuya primera encarnación se llama NATO (2) y cuya fuerza está en el SHAPE (3). Mas mal anda un ser viviente cuya fuerza positiva tiene un alma errante. Y por eso el Reglamento cambia a cada rato en busca de cómo conectar esta alma con su brazo y así lograr que este último intervenga a su debido tiempo, antes de que Rusia lo haga todo.

Los temores han cundido, y en vista de ello la Asamblea general de la O. N. U. ha tomado un acuerdo, bautizado Unión pro Paz, según el cual se reunirá *per se* cuando el Consejo de Segu-

(2) Las naciones signatarias del Pacto del Atlántico son: Estados Unidos, Canadá, Islandia, Gran Bretaña, Francia, Dinamarca, Noruega, Italia, Portugal y el Benelux.

(3) *Supreme Headquarters of Allied Powers in Europe.*

ridad se vea en postura peligrosa a consecuencia de un veto inoportuno, y una vez reunida podrá recomendar a los Estados miembros el uso de la fuerza armada para contener una agresión. A este efecto la misma Unión pro Paz exige a cada Estado miembro el mantenimiento sobre las armas de un núcleo militar instruido y en condiciones de responder a todo llamamiento del Consejo antes citado o de acudir aprisa en caso de recomendación expresa de la Asamblea general. Pero al poner en práctica la parte referente a «fuerza propiamente dicha» se producen rozamientos y graves resistencias.

El general en jefe del ejército europeo no dispone aún de una potente fuerza. La está creando. Mejor dicho, está negociando con los Gobiernos de las naciones europeas que han firmado el pacto, y espera conseguir que movilicen lo preciso para aumentar los efectivos de la máquina que quiere y que no llega a ser potente. No actúa como un verdadero jefe, sino a manera de simple coordinador de varias partes que no guardan entre sí la relación debida. Es diplomático, y sabe que el adversario escucha. Habla poco. Es comedido. Lo más que dice es que manteniendo el ritmo actual podrá anularse en poco tiempo el desequilibrio que aún existe entre ambos contrincantes.

En las Conferencias internacionales todo el mundo se halla convencido de que el futuro ejército aliado, tal como se quiere organizar, es más que insuficiente para defender el territorio de Europa occidental. Basta comparar las cifras tan exiguas que han sido concertadas con las correspondientes al final de la última campaña de la segunda guerra mundial. Y aun es indispensable tener en cuenta que tan sólo se prevé la culminación de lo anunciado al cabo de un número de meses muy superior al lógicamente indispensable para hallarse preparado a rechazar una agresión de Rusia.

Francia, que en 1939 tenía unos 500.000 soldados en filas y cinco millones de hombres movilizables, no logra en estos días ofrecer una docena de divisiones para el interés común de Europa. Se queja de que su maquinaria está gastada y de que en estas condiciones el armamento le cuesta más que a los demás. Progresa lentamente, y entre tanto surgen en París enormes cartelones en los que Stalin aparece ofreciendo una copa de champaña a los que formarán las unidades que aún no tienen armamento.

Gran Bretaña, qué en aquella misma fecha se hallaba en con-

diciones de rechazar una potente agresión aérea, está ahora maniataada por los precios y las materias primas necesarias para sus nuevos aparatos de reacción. Dice que la seguridad le cuesta demasiado y explica que no puede hacer material de guerra y fabricar al mismo tiempo las numerosas máquinas que necesita para mantener el agobiante ritmo de sus imprescindibles importaciones.

Bélgica y Holanda razonan de igual modo, o parecidamente. Escandinavia se reserva.

Todos quieren compensar las deficiencias del ejército europeo con una fuerza aérea formada por unas cien escuadras de combate o caza, otras tantas estratégicas, cuarenta unidades de cohetes dirigidos y ciento ochenta grandes aeroplanos de transporte. Pero aún se está lejos de culminar ese proyecto, y las maniobras destinadas a intimidar a los soviéticos se desarrollan sobre la base de una cortina de radares que tiene por objeto asegurar la información y confirmar la posibilidad de conocer a tiempo la arrancada de un ejército apoyado por una aviación potente.

En estas condiciones, Europa, desde «casa», se asoma a América. Pide ayuda y la recibe. Mas no recibe todo lo que pide. Asegura que no puede soportar la carga de su enorme presupuesto, y logra una segunda ayuda. Pero aún insiste en que los casi mil millones de dólares otorgados por los Estados Unidos para el año en curso no contrarrestan la carestía de su vida.

La discusión es larga, interminable, y es interesante para el Kremlin, cuyas radios son mejores que las nuestras.

* * *

Esas radios denuncian que no basta la potencia conseguida para afirmar la integridad de Europa occidental. Mas no hablan de cómo se desenvuelven las conversaciones entre ella y Norteamérica.

De estas conversaciones y de las relaciones que las mejoran o las complican se sabe poco en los ambientes en que las decisiones fundamentales se convierten en noticias para el público. No obstante, es evidente que las negociaciones se desarrollan torpemente. Se desarrollan con arreglo al tono que preside a las reuniones oficiosas, y ese tono es relativamente bajo; un ejemplo bastará.

No hace mucho un crucero americano estuvo en aguas gibraltareñas; un crucero entre muchísimos. Después de rebasar el ancho

paso comprendido entre Punta de Europa y Punta Carnero y de cruzar el antepuerto vino a acostar contra el saliente cuyo extremo se destaca de una zona que aún conserva el colorido que le dió su antiguo nombre, y en la que tantas veces se intentaron desembarcos. El muelle Sur está, en efecto, frente a los «arenales colorados», que fueron blanco de las naves españolas que se hundieron después de bombardear violentamente las baterías británicas. Nació en el siglo XIX. Creció deprisa y ha acogido a innumerables acorazados, cruceros, destructores y minadores de la que fué una escuadra potentísima, la más potente de la tierra. Acoderados contra su borde, los mayores barcos de nuestro tiempo han causado la admiración de gente avezada a cosas de la mar. Pero ahora las naves de Inglaterra son menos numerosas, y queda sitio libre para el crucero americano con el cual hemos trabado conocimiento.

Su interior está alumbrado.

De sus paredes blancas y relucientes cuelgan óleos marineros: el retrato de un almirante de hace más de medio siglo, cuyo anónimo respeto, y un navío de los tiempos en que Norteamérica no tenía una flota. Sobre la mesa bastante plata: un jarrón sin flores, varios saleros gigantescos y un par de copas achatadas que han pasado directamente de un escaparate a la cámara de mando en que cenamos, sin tener que soportar la inconsciente crítica de una muchedumbre ansiosa de aplaudir al «ganador». Y alrededor de aquella mesa varios marinos con estrella en vez de coca, dos uniformes caqui y unas señoras encargadas de amenizar el ágape ofrecido por el jefe de la flota americana a los gobernadores de Gibraltar y de su Campo.

La conversación no rompe. En los tiempos que transcurren, empezar una comida sin un modesto aperitivo es algo así como visitar una sala de música en silencio. Y si a más no haber saboreado un «martini seco» los comensales sólo tienen sendos vasos de agua helada ante sus puestos respectivos, cada uno empieza pronto a sentirse inconfortable y a no saber salir del ostracismo. Y esto ocurría —como lo cuento— en la lujosa cámara del crucero americano que a la sazón estaba junto al muelle destacado de los llamados «arenales colorados».

No recuerdo cuánto duró el silencio. Pero... que salimos de él no cabe duda, porque antes de acabar los entremeses todo el mundo hablaba al mismo tiempo. Sobre el tapete estuvo Marshall

y su plan, y las consecuencias de éste para el mundo, y la lucha de Inglaterra por la falta de sustento. Yanquis y británicos se agruparon, y se pusieron agrios. Una ilustre dama se quejaba de que la lucha en Inglaterra por la vida era motivada por la exuberancia de los dólares, que tras de producir un excesivo bienestar en Norteamérica se esparcían por el mundo con imposiciones catastróficas. La inglesa hablaba con una desesperación profunda, y el interpelado respondía con argumentos discutibles. Este último desconocía el ambiente de su invitada, que trataba de su tiempo y de su raza como una madre que tiene la experiencia suficiente para saber lo que es el mundo y cómo gira; desconocía incluso la existencia de algo diferente a Norteamérica; se admiraba de razones que jamás habían pasado por su mente. Pero a su vez la inglesa se extrañaba de que el yanqui osara discutir y hasta contradecir. Se indignaba tristemente, y me pareció callarse por evitar que su disgusto originara una intempestiva lágrima.

Para mí la escena era curiosa e inconfortable. Me daba cuenta de una absoluta incomprensión entre los grandes pobladores de ambos lados del Atlántico, y me percataba de que esa incomprensión estaba causada solamente por la distancia, que producía un intenso decalaje entre unos personajes que —ante sus grandes vasos de agua fría— discutían acaloradamente. Y por supuesto, yo no sé cuál era justo y cuál injusto, porque ni los argumentos, ni la historia, ni el ambiente de la preciosa nave me ayudaban a saber que se trataba sólo de una «razón» de espacio a tiempo.

Ahora entiendo las memorias de Montgomery, de Bradley y de tantos otros que lucharon sobre un mismo frente durante la última gran guerra, y comprendo a Churchill cuando asegura que el mayor éxito logrado en su reciente viaje ha sido el de obtener una relativa comprensión de los problemas radicales de Inglaterra. Gran Bretaña es diferente a los Estados Unidos. Los ingleses dicen *lo que sienten* y hacen lo que quieren sin decirlo, mientras que los yanquis dicen *lo que quieren* sin ambages, sin rodeos y hasta sin comedimiento.

Yanquis y británicos se entienden malamente. Mejor dicho, no se entienden. Cada cual está en su casa y el otro está en la calle.

* * *

América se divisa torpemente desde Europa. En cambio tiene rascacielos y aviones que navegan a altura suficiente para dominar un mundo que está más lejos de ella que esa Europa. Las microondas le permiten verlo todo o casi todo, y los dardos electrónicos la ayudan a tener informaciones que ella cree seguras y completas.

Los datos obtenidos son discriminados en el Pentágono, edificio magno en el que se cuecen los proyectos que el Presidente y el Congreso aprobarán.

No he tenido ocasión de visitar ese Pentágono famoso. Quiero imaginármelo como un hotel de Nueva York ligeramente comprimido y estirado o como un fuerte especialísimo de una línea Maginot dispuesta contra fuerzas muy remotas. Veo numeraciones que no entiendo, y vagonetas que se pierden a distancia, y ciclistas que atropellan a la gente; pero no sé lo que sucede allende las paredes de cemento que separan los despachos del pasillo y apagan el rumor de los audífonos y liberan a los hombres de los ruidos de la calle. Me arrogo, pues, el derecho de figurarme lo que quiera, si bien con el cuidado de sazonar lo meditado con un poco de mesura y de objetividad. Y en ese plan me instalo —acurrucado— en la sala principal de conferencias del Pentágono.

La discusión ha comenzado.

El que tiene la palabra lleva dos estrellas sobre el mono y está hablando de la forma en que la tercera guerra estallará. Su tono es imperante, y, sin embargo, ni preside ni parece el más antiguo. Se refiere a las reacciones positivas contra la cobertura motivada por los tímpanos del Polo y al refuerzo ocasionado por la cortina de radares establecida más atrás. Divaga un poco, al menos para mí, que no escuchaba lo anterior. Analiza la futura contraofensiva, sin preocuparse demasiado de la sorpresa moscovita. Para él esta sorpresa consistirá en una operación aislada y no ligada con los planes aprobados para llevar a efecto aquella gran acción.

Esto me interesa. Escucho atentamente y pocos momentos bastan para convencerme de que se trata de una contraofensiva de imponente envergadura; basada, por supuesto, en facilitar la marcha a los conquistadores de la tierra mediante la previa neutralización del enemigo y anulación de su voluntad. Será una preparación atómica o solamente molecular. Los conceptos no están claros. Es fácil deducir que será un intento de paralización de los

transportes y demolición de los principales centros militares e industriales de los Soviets; mas no capto su detalle. El conferenciante dice que las fábricas integran el objetivo fundamental de la aviación, mientras que las comunicaciones y los medios de transporte son objetivos tácticos. Pero alguno le asegura —interrumpiendo descomedidamente— que ocurre todo lo contrario y que los anglosajones se percataron demasiado tarde, en 1944, de que las comunicaciones en general son más interesantes que las instalaciones fabriles como objetivos de una aviación independiente o estratégica, y sobre ello insiste con argumentos varios, hasta que un tercero en la discordia interviene demostrando que aquellas comunicaciones resultaron ser más importantes precisamente por haber sido interrumpidas con retraso.

* * *

Siguen otras intervenciones, que no parecen inmutar a los demás.

Sé cómo los yanquis se desenvuelven, y sé que a cada cosa le dan su verdadero nombre.

No me extraña, por lo tanto, oír hablar, entre paréntesis, de cómo la avalancha moscovita inundará los territorios europeos que pertenecen a las naciones signatarias de la NATO y de cómo esa avalancha llegará a la orilla del Atlántico, el foso grande y la zona capaz de proporcionar a los Estados Unidos un pequeño tanto de seguridad industrial.

No obstante, el tiempo pasa algo deprisa. Y, al fin, el que dirige se ve obligado a intervenir, y sosegadamente devuelve la palabra al de las dos estrellas.

No alcanzo los detalles de la charla. Pero encajo unos conceptos espantosamente duros, conceptos que, expresados ante un auditorio del viejo continente, producirían amargura y una repercusión no favorable a Norteamérica.

Deduzco que la seguridad industrial de América y la preparación atómica o molecular antes citada serán independientes de un corrimiento más o menos pronunciado del frente inicial de Europa, y eso equivale a haber entendido que la destrucción de las ciudades rusas no impedirá la devastación de Francia y del Benelux.

* * *

Además, una potente fuerza aérea no es intrínsecamente suficiente para contener la acción soviética. Las grandes unidades moscovitas no se arredran por sufrir innumerables bajas. Basta recordar las batallas napoleónicas —Austerlitz y Borodino— y pensar un poco en los ataques realizados contra las tropas hitlerianas cuando se encontraban en su apogeo.

Si la problemática ofensiva rusa pudiera ser contenida por una simple controfensiva aliada es evidente que la campaña de Corea hubiera terminado hace no poco tiempo, y esto no ha ocurrido. Acaso puedan atribuirlo algunos optimistas al hecho de que el general Mac Arthur no haya sido autorizado a su debido tiempo para intervenir sobre Manchuria con sus grandes unidades aéreas. Tales optimistas nos podrán decir también que a la sazón América no estaba preparada para efectuar la operación citada, pues si bien tenía bases muy importantes en Extremo Oriente —al Occidente suyo—, dichas bases dependían de la metrópoli.

Yo ignoro, por supuesto, si la razón asiste a todos los que piensan de ese modo. Sé únicamente que para contrarrestar una ofensiva rusa hará falta disponer no solamente de un ejército más potente que el de la NATO, sino que aún será preciso que la gran contraofensiva aérea se desarrolle al mismo tiempo o aun antes de que los ejércitos soviéticos empiecen a marchar.

Estos, sin duda alguna, pensarán de otra manera. La guerra fulminante será siempre consecuencia de un deseo de victoria unilateral. Y recíprocamente, este deseo dará lugar a un nuevo intento de guerra fulminante.

Los dirigentes de Moscú empezarán su lucha inopinadamente. El avance de las fuerzas será muy rápido. Pero el ejército aeroterrestre de los Soviets no podrá marchar resueltamente sin destruir —o anular al menos— las bases aéreas y aeroterrestres que se opongan a su ofensiva o que amenacen sus futuros flancos. Los aeródromos son imanes que atraen hacia su periferia las operaciones militares. Y esto sí que bastará para lograr que la colosal acción americana se desarrolle al mismo tiempo que el avance de los rusos. Los grandes bombarderos, los inmensos portaaviones, los cohetes dirigidos y el explosivo atómico ayudarán seguramente a conseguir el fin propuesto. Y si no falla el timbre que ponga en marcha la actuación de tanta maravilla, no cabe duda que la operación llevada a cabo facilitará el avance de las fuerzas contratacantes. La propulsión atómica aplicada al submarino represen-

ta un incremento de velocidad muy superior al que representaría esa misma propulsión aplicada a la navegación superficial, y esto tranquilizará al ejército europeo, grande o pequeño, que haya logrado organizarse cuando la guerra empiece. Las divisiones de Occidente no podrán sentirse acorraladas. Los campos desde los cuales acudirá la fuerza aérea están bastante cerca para que su ayuda sea potente, y además de cerca están bien colocados: al otro lado de los estrechos que bordean la tierra firme de nuestro viejo continente.

Y todo esto ni aun en broma oso decir que me lo ha dicho un general americano. Lo he pensado con poca ayuda, y si no es cierto —por no decir probable— yo quisiera al menos que lo fuera.

* * *

Las bombas atómicas de la U. R. S. S. se cuentan por docenas, al tiempo que las americanas se cuentan a centenares (la información es, por supuesto, europea o norteamericana; es lógica, mas no segura; probable, más no definitiva).

De otra parte se halla sobre el tapete el problema de otra arma más potente que la atómica. Puede esta arma hallarse fabricada y no ensayada. Puede igualmente haberse mantenido alrededor de ella un secreto suficientemente intenso para que aún no haya traslucido al exterior. Mas solamente... «puede». El deseo de tranquilizar a todos en América es suficientemente intenso para no levantar cortinas impermeables alrededor de cada fábrica o de cada centro en que se proyectan artificios muy modernos. Si la dirección de las nubes radioactivas fuese cosa bien solucionada en los Estados Unidos lo sabríamos seguramente, y, sin embargo, las noticias referentes a este asunto son difusas, no concretas.

Norteamérica insiste poco en la materia; prefiere un optimismo diferente. Equilibra su balanza con la depresión de Rusia. Dice que Stalin desconfía de su tropa y de sus propios trabajadores; que el Kremlin teme a su pueblo moscovita casi tanto como teme al Occidente; que Rusia logra sus propósitos de guerra fría a base de revoluciones e infiltraciones combinadas; que no se decide a combatir a 13.500 kilómetros de su metrópoli o a proteger a otras naciones con su flota a más de 4.500, como lo hace América; que los dirigentes rusos no se atreven a que viajen sus se-

cuaces, mientras que los yanquis dejarían a los suyos circular tranquilamente por las Repúblicas soviéticas, y, en fin, que muchos héroes de la segunda guerra han sido desterrados hacia el Polo por temor a que refieran lo que vieron más acá del Vístula (4). Y aunque nada es muy seguro lo cierto es que el esfuerzo realizado es colosal y que los yanquis aún pretenden aumentarlo para al menos compensar la deficiente ayuda conseguida en Francia y en Italia o sólo defender la independencia.

* * *

Los Estados Unidos trabajan sin cesar, y entre tanto elevan sus diferentes observatorios y alargan —en tiempo y en espacio— el recorrido de las ondas que les dan información.

Antes de resignarse echan un vistazo más allá de Rusia, descubren la existencia de Siberia y se acuerdan de Mongolia, que precedió al Imperio moscovita.

La distancia dificulta la visión, y cuando aquella es doble y heterogénea puede aun esfumarla.

Siberia se confunde con Mongolia, porque los destellos de su estepa fueron siempre más potentes que los brochazos lúgubres que dieron luz y colorido a su contorno. Cuando Rusia no existía la gente se aglomeraba alrededor del primero que mandaba, y la imposición de ese primero producía un Imperio. Y así, la estepa de Mongolia, después de ver a Bunduchar, jefe de tribu, tan pobre y miserable que peleaba con las fieras en defensa de su ración de carne, conoció las glorias del famoso Temudchin (o Dchenguis Kan) y después las de Timur (o Tamerlán).

Un país en que la vida consistía en cazar y hacer la guerra —matar gacelas a caballo y cortar cabezas galopando—, y en que disfrutar de la existencia se reducía al nomadeo a través de rocas y desiertos en busca de otros pastos y de prados más extensos y más fértiles, es un país en que sin duda la riqueza está basada en la miseria de una masa que se deja dominar por el que quiere un algo inexistente en los eriales.

En ese país la lucha era trabajo, un trabajo digno y muy glo-

(4) *United States News and World Reports*, vol. XXXII, enero de 1952.

rioso. Pero a más de digno y muy glorioso, un trabajo indispensable.

Mediante ese trabajo la estepa dió lugar a generaciones de improvisados combatientes. Los soldados de Temudchin eran pastores que acudían a la guerra para apoderarse del botín. Timur no reclutaba sino entre gente apasionada por la estepa. Y de este modo Siberia y China dependieron de Mongolia; mas cuando comenzó esa dependencia los apasionados empezaron a menguar. El islamismo se apoderó del triste, y éste dejó de vivir exclusivamente para su caballo y su desierto. Estuvo satisfecho de conocer tierras mejores. Se batía por huir de donde sus abuelos trabajaron y penaron. Y los grandes emperadores de la tierra inhospitalaria se convirtieron en magnates de la seda y las especias.

Los diferentes capítulos de la historia de China se parecen entre sí. Turcos, tibetanos, manchúes y mogoles se apoderan sucesivamente de riquezas inconcebidas por su raza, e instauran otro Imperio semejante al anterior y le ofrecen hombres cuyos sentimientos y cuyo patriotismo son bastante elevados para borrar aprisa los horrores de la guerra. Y entonces el jefe manda, no dirige, no gobierna; sabe que cuando ya no sea tirano el país empezará otra vez a desmembrarse y a ofrecer sus grietas a los nuevos invasores.

Desde ese instante cada cual pretende adelantarse. Y así, la Rusia de los zares es consecuencia del Imperio de Timur, y Boris Godunov, que sucede a Iván el Terrible, es un mogol de pura cepa y de puro estilo.

Aquella Rusia entonces se rebota. Envía sus vanguardias al Pamir e instala sus cosacos en Mongolia, que desamparada la deja frente a China, o mejor dicho, frente a más de medio continente asiático.

En esta situación, América la observa.

La observa, mas no entiende cómo ella logra amenazar a tanta gente abigarrada y a tanta tierra heterogénea. Pone en marcha su gigantesca máquina y sólo ve contrastes: riqueza y hambre, el lamaísmo y la aventura, el bienestar y la epidemia, la ambición extraordinaria de los ricos y la indiferencia de los pobres, el frío siberiano y los calores de Calcuta, la India fanática y la Manchuria indiferente, los taichunes poderosos y los daimios sedentarios, y, en fin, lo que es peor, el comunismo, que se cierne y que iguala diferencias. Y en estas condiciones deja a un lado televisores y

dardos electrónicos y descubre la ventaja de callarse, y permite que el supremo jefe del ejército europeo aspire a ser el Presidente de los Estados Unidos.

* * *

La culpa, nadie la tiene. El paso atrás se debe a circunstancias imprevistas. La táctica seguida por América no es criticable. Para cooperar a la defensa de la zona reocupada en 1944 y 45 se basó en lo que veía desde casa. Pero a pesar de su potencia y de su industria no se dió cuenta de que el ambiente de la calle había cambiado intensamente. Le hizo falta un largo lustro para enterarse del resultado conseguido por los rusos y poner en claro que la teoría del «crimen de guerra» había reforzado la propaganda pacifista o —mejor diría— derrotista. Y es que todo está supeditado, en la casa y en la calle, al desconcierto que origina lo inmediato cuando la distancia dificulta la ejecución de las operaciones indispensables para examinar la forma externa de las grandes sociedades y darse cuenta de que esa forma no corresponde a su interior.

El fenómeno es antiguo. Los faraones se establecieron junto a lo divino sin acabar de comprender la divina contextura de sus divinidades, y se olvidaron de que la masa humana que regían estaba inmensamente lejos de la espiritualidad en que —dados sus principios— hubiera sido lógico ambientarla.

El que dirige homogeneiza demasiado. Se olvida de que el hombre es incapaz de amoldarse al espíritu simplista de la colmena. No sólo ese hombre es diferente a los demás, sino que aún existen mayores diferencias entre su propio ser y su no ser. Si Toynbee, examinando lo no humano, parte del estudio fisiológico y anatómico del hombre (5), es evidente que no es fácil hallar la línea cuyo borde o la superficie cuya cara son el fin de la materia o del engendro ocasionado por el hombre o por su vida, o por el hombre y por su vida. Y es que no se trata de espejismo, sino de una meta establecida en las visuales; no hay simetría porque el centro está sometido a un movimiento de orden lumínico.

(5) «Ley y Libertad de la Historia». Conferencia (REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, núm. 59).

¿Dónde está lo cierto? No lo sabe nadie. Cicerón decía que él no era un filósofo de los que en nada creen, sino de los que opinan que la verdad anda remezclada en la mentira, asemejándose ambas de tal modo que apenas es posible distinguir las ni inclinar el juicio y el sentimiento hacia la parte conveniente. Pero en este siglo xx se enjuicia todo en otra forma.

A la espalda, el sol ayuda a ver. Mas de cara dificulta la visión inversa del que quiere percatarse de lo que ocurre al otro extremo o del que —en otro ambiente— espera a su enemigo sin buscarlo.

No hay regla fija. Todo es relativo.

A veces el «hombre de la calle» sabe más de lo de «casa» que el que nunca se desliza fuera de ella. Y es que aquél está mejor situado, y sabe más que ese segundo porque el tiempo y la costumbre de charlar sobre las cosas que suceden en la calle lo sitúan en la cima del tinglado que sirve de refugio a su colega.

Y por supuesto, lo de «hombre de la calle» es sólo un título sonoro, pues la calle a veces es «pasillo», y el pasillo se halla siempre entre paredes. La calle, de otra parte, es lo de menos. Lo importante —si no lo interesante— es la charla, sea en la calle, en el pasillo o más adentro. Y la charla, al fin y al cabo, es un método sencillo para meditar sin esforzarse demasiado; un método al alcance de los seres de no mucha inteligencia.

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS

